

FRANCISCO PALAU Y EL ESPÍRITU SANTO

Lola Jara, cm

1. El Espíritu Santo en los escritos palautianos

Podemos advertir continuamente la presencia del Espíritu Santo a lo largo, ancho, alto y profundo de la doctrina eclesial palautiana desde su primer escrito¹.

a) *Lucha*: Especialmente podríamos calificar a *Lucha del alma con Dios*, dentro de los escritos palautianos, como el libro del Espíritu Santo, ya que trata de la oración y el Espíritu es presentado como el gran protagonista: maestro, guía, director y agente principal de ella. Así lo plantea desde la presentación del libro:

*«Muy señora y hermana mía en Jesucristo: la gracia del Espíritu Santo ilumine nuestros corazones y dirija mi mal cortada pluma para escribir a V. sobre materias que superan de mucho mi corta capacidad. Así sea»*².

A lo largo del escrito la idea se va repitiendo de distintas formas, afirmando que para que la oración se realice debidamente es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Porque «el Espíritu Santo ¿podrá menos de aplicar esta medicina a las llagas del cuerpo que en España anima y vivifica? ¿Dejará de aplicarla continuamente por la salvación de toda la Iglesia a todas aquellas almas que son plenamente suyas y una misma cosa con él?»³.

b) *Páginas periodísticas*. También en las *Páginas periodísticas* abunda esta idea del Espíritu como guía, conductor, vivificador y plenificador:

«A fin de que marche siempre y llegue a reposar en el seno del Creador, ha de cooperar a la moción del Espíritu Santo que es su guía y conductor, y lo que el hombre pone de su parte es lo que se llama virtud. El espíritu de Dios, con la infusión de sus dones, hácele ágil y pronto en su servicio y le da a más aquellas virtudes que le son necesarias, y que por sí solo no podría jamás con perfección adquirir, y vivificado con

¹ El vocablo «espíritu» se aplica unas 380 veces al Espíritu Santo en los escritos palautianos. *Lucha*, x53; *La Vida Solitaria*, x1; *La Escuela de la Virtud Vindicada*, x10; *Mes de María*, x10; *La Iglesia de Dios*, x20; *Mis Relaciones*, x27; *Cartas*, x18; *Legislación*, x6; *Páginas periodísticas* (I y II), x53; *El Ermitaño*, x10. De estas, en 13 ocasiones aparece el término aplicado a Dios (cf. *Cartas*, 7, 2, *Barcelona*, *Vigilia de Todos los Santos*, 31 octubre de 1851: «Si todas formáis un corazón, si este corazón está animado, vivificado, dirigido y gobernado por el Espíritu de Dios, ¡con cuánta abundancia derramará Dios sus gracias sobre vosotras!»; 21, 5, *Ibiza*, mayo-junio de 1854: «Un «non», un ¡ay! de maldición eterna lanzado sobre ellos por el espíritu de Dios, basta para disipar como humo todas sus esperanzas»; 44, 4, *Es Cubells (Ibiza)*, 28 noviembre de 1859: «Le creo [se dirige al P. Antonio M^a Claret] un instrumento providencial, un órgano del espíritu de Dios al que en esta materia debo consultar»; 67,6: «Y ese cuerpo del que el Alma es el Espíritu Santo, le has de mirar y contemplar bajo las sombras e ideas del cuerpo natural humano; y ese cuerpo animado y vivificado por el espíritu de Dios y que vive y que habla y que oye, entiende y ama, es aquel con quien te has de unir en fe, esperanza y amor»). En el *Catecismo* también una vez de las 44 que se habla del Espíritu Santo, se nombra como espíritu de Dios (cf. *Catecismo*, Introducción, 4).

² *Lucha*, 31, 1.

³ *Lucha*, 42, 18.

estas gracias pone sus virtudes en ejercicio; con la práctica de éstas se hace digno de mayores dones, y, de este modo, va cargando de riquezas espirituales la nave de su alma»⁴.

c) En el *Catecismo de las Virtudes* presenta el crecimiento y perfeccionamiento en la caridad y la práctica y el fortalecimiento de todas las virtudes, hasta el heroísmo, como «los frutos dulces, saludables y sazonados que el Espíritu Santo produce en el hombre»⁵. Al tratar de la fe dice que es «una virtud sobrenatural infusa por el Espíritu Santo porque sin sus dones el corazón del hombre no consentiría a creer, y el entendimiento no cautivaría sus discursos naturales ni se dejaría vencer ni convencer»⁶.

d) En *La Escuela de la Virtud vindicada*, defendiendo el derecho de la Iglesia de proclamar la Palabra de Dios, le atribuye al Espíritu Santo la tarea de purificar a los ministros de la Palabra para que realmente lo que sale de sus bocas sea «la predicación del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo»⁷. En efecto, «en la Iglesia de Jesucristo ha habido siempre, y siempre habrá, sacerdotes llamados por el espíritu del Señor para emplearse exclusivamente al ministerio de la predicación de la palabra de Dios, bajo aquellas formas especiales que requieran las necesidades espirituales de los pueblos a los que son enviados»⁸. Por medio de estos misioneros «desciende el Espíritu Santo sobre la tierra para encender en ella el fuego del amor divino, extinguido por la concupiscencia de la carne»⁹.

Todos los templos cristianos son Cátedra del Espíritu Santo, ya que en ellos se difunde el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y sus doctrinas. Son también *Escuela de la Virtud*: «Lo son porque es aquí donde ésta se explica, se enseña, se describe y se define; aquí la pedimos al Señor, aquí nos la da y nos la infunde el Espíritu Santo por los caños de los Santos Sacramentos y en la oración»¹⁰.

e) *Las Cartas*. En el epistolario, dada la índole mistagógica de la mayoría de su correspondencia, es notable su recurrencia a la inspiración y asistencia del Espíritu Santo y su acción liberadora y santificadora¹¹.

⁴ *Páginas periodísticas*, II, 1505.

⁵ *Catecismo*, lecc. 8,10.

⁶ *Catecismo*, lecc. 39,14.

⁷ *Escuela*, I, 1, 9.

⁸ *Ib.*

⁹ *Ib.*, 10.

¹⁰ *Escuela*, II, 3; cf. II, 2.29.54.

¹¹ En los comienzos de su obra fundacional, F. Palau escribe a Juana Gratas para que en la incursión que ha hecho en España, enviada por él desde Francia, «obre con libertad cuanto el Espíritu le inspire» (*Cartas*, 4, *Cantayrac, junio de 1848*; cf. 149, 2, *Barcelona, Cárcels, 28-29 noviembre de 1870*). A las Hermanas de Lérida y Aytona las anima a vivir en comunión, formando un solo corazón «animado, vivificado, dirigido y gobernado por el Espíritu de Dios» (*Cartas*, 7, *Barcelona, Vigilia de Todos los Santos, 31 octubre de 1851*). Escribiendo a Juana Gratas sobre la paz y unión de la Séptima Morada, le afirma «que el Espíritu

f) En *El Ermitaño* casi nunca aparece solo en sus artículos, sino unido al Padre y al Hijo porque, como apuntábamos al principio Palau considera que la salvación de la humanidad es obra de los Tres¹². Cuando se refiere específicamente al Espíritu Santo es con relación al concilio ecuménico Vaticano I¹³ o con motivo de los exorcismos¹⁴. Aludiendo a la constitución orgánica de la Iglesia católica, la compara con el cuerpo humano y dice que la gracia y dones del Espíritu Santo son a la Iglesia lo que la sangre al cuerpo humano¹⁵.

Podemos concluir que el Espíritu nos parece que está bastante destacado en los escritos palautianos, equilibrando así el cristocentrismo que se comprobaba en el apartado anterior. Se trata sobre todo del Espíritu en la economía, en su misión¹⁶. Aunque también está presente el Espíritu como vínculo de unidad entre el Padre y el Hijo, o como amor y don mutuo en la Trinidad inmanente. Esencialmente es una concepción basada en la Sagrada Escritura, destacando que conduce a la Iglesia a la verdad completa¹⁷ y la unifica en la comunión y ministerio, dotándola y dirigiéndola con diversos dones jerárquicos y carismáticos y adornándola con sus frutos¹⁸.

2. La misión eclesial del Espíritu Santo en relación con el Padre y el Hijo

En los escritos palautianos contemplamos la actuación del Espíritu Santo frecuentemente en relación al Padre y al Hijo. La acción de enviar o ser enviado cambia a menudo de sujeto. En varias ocasiones aparece Dios Padre enviando o dando el Espíritu¹⁹. Otras veces es el Padre, pero en nombre de Jesucristo, como lo demuestra esta oración dirigida al Hijo que recoge el texto de Jn 14,26:

«Pues, Señor y bien mío, para pensar lo que os he de pedir y para pedirlos debidamente, necesito la asistencia del Espíritu Santo. Enviad a mi corazón este divino Espíritu y él pedirá en mí, él me enseñará lo que he de pedir, cómo y cuándo he de pedir, y a más él me dará fuerzas

Santo no abandona un alma que ha tomado ya por suya» (Cartas, 67, Vedrá (Ibiza), 23 agosto de 1861; cf. 37,3, Es Cubells (Ibiza), 6 junio de 1857).

¹² Cf. Ef 4, 11s; 1Co 12, 4; Ga 5, 22.

¹³ «La Iglesia congregada en Roma, no solo discutirá sobre el dogma y la disciplina eclesiástica, sino que a más invocará el Espíritu Santo para que bajando sobre las naciones de la tierra, arroje al abismo el espíritu de tinieblas, que las cubre con el manto negro, sus errores» (*El Ermitaño*, 27 (1869) 4).

¹⁴ Cf. *El Ermitaño*, 49 (1869) 4.

¹⁵ Cf. *El Ermitaño*, 74 (1870) 4.

¹⁶ El Padre aparece como fuente y término de la actividad salvífica, que es por Cristo y en el Espíritu. Se atiende mucho al lenguaje descriptivo del Nuevo Testamento, sin cuidado de precisar si se trata de propiedades personales incommunicables o de apropiación.

¹⁷ Cf. Jn 16, 13.

¹⁸ *Escuela*, II,2,38.

¹⁹ «Dios, cumpliendo sus promesas, nos enviará, lo esperamos, su Espíritu, nos infundirá su gracia, sus dones, y la caridad», *Páginas periodísticas*, II, 1441. En *Lucha* es enviado por Dios Padre junto con el Hijo: «El emprender esta lucha es tan del gusto del Padre y del Hijo que no podrán menos de enviar a V. el Espíritu Santo para que con su auxilio omnipotente cante V. victoria» (41, 17).

para perseverar en la demanda hasta haber alcanzado lo que quería pedir. Esta gracia os pido por ahora para saber pedir después debidamente lo que vuestro santo Espíritu me enseñe. Acordaos de vuestra promesa de que nos lo enviaríais para sugerirnos y enseñarnos a hacer todo lo que Vos nos mandáis. “El Consolador, nos decís, que es el Espíritu Santo y que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará acordar de todo cuanto os he dicho”»²⁰.

En ocasiones, Palau presenta al Espíritu enviando al Hijo en un movimiento descendente de salvación, a la vez que desde el interior de ese Cuerpo que él mismo anima y vivifica encamina a sus miembros hacia el Padre en un movimiento ascendente de conversión: El Espíritu Santo, «¿dejará de enviarles a Jesús, para que den fuertes gritos a sus oídos, diciendo: “Salvados, Señor, que perecemos”?». Y, clamando en sus corazones con gemidos inenarrables, ¿no las enviará al Padre para que le digan aquello del profeta Joel: «Perdonad, Señor, perdonad a vuestro pueblo?»²¹.

Otras veces el movimiento es circular, siendo el Espíritu Santo quien en la oración encamina a la persona hacia el Hijo y este a su vez la lleva al Padre; pero finalmente se cuestiona cómo llegará al Padre si el Espíritu no le conduce de la mano. Es lo que manifiesta en la siguiente oración parafraseando el texto de Rm 8,26:

«Vos sois el Espíritu que con gemidos inenarrables pedís en nuestros corazones [...] el remedio de las necesidades de la Iglesia. Sólo alcanzamos cuando Vos sois el que pedís en nosotros. Sólo tienen nuestros deseos, suspiros y lágrimas un valor inestimable cuando proceden de Vos y sois Vos el que los inspiráis. El hombre ni sabe pedir, ni el qué, ni cuándo. Sólo pide bien cuando Vos le hacéis pedir. Venid, pues, oh santo Espíritu, y vivificad mi corazón. Dirigid Vos mi voluntad y deseos. Desplegad Vos los labios de mi alma y enseñadla a hablar con su Dios. Hablad y pedid Vos en mí para que salga con mi pretensión... Sed Vos el que pidáis en mí al Hijo; Jesús me envía a su Padre a que le pida gracias. Y ¿cómo iré yo al Padre si Vos no me lleváis de la mano? ¿Qué pediré si Vos no me lo inspiráis? Ea, pues, Veni, Sancte Spiritus»²².

En algunos momentos muestra al Espíritu Santo enviando a la persona orante al Padre y al Hijo:

«El Espíritu Santo es el principal director en esta lucha. Él es quien envía las almas al Padre y al Hijo, y en ellas negocia con los dos la salvación del cuerpo que anima, que es la Iglesia. Sólo él es el que pide bien en nosotros, y sólo por su virtud y moción es como pedimos debidamente y alcanzamos cuanto pedimos. Si el Espíritu Santo posee el corazón de V., no podrá menos de emplearle en negociar con el Padre y el Hijo la salvación de la Iglesia de España»²³.

En definitiva, Palau presenta siempre al Espíritu relacionado con el Padre y el Hijo, actuando como el enviado que a su vez conduce y envía. Sin embargo, tiene un rostro menos configurado que el Padre y el Hijo. Así, el Espíritu «es la savia que vivifica» en la Iglesia el tronco de la caridad. «Por este tronco pasa el zumo de la gracia y dones

²⁰ *Lucha*, 137.

²¹ *Lucha*, 42, 18; Cf. Mt 8,25; Jl 2,17.

²² *Lucha*, 137-138.

²³ *Lucha*, 41, 17; Rom 8,26.

del Espíritu Santo, que alimenta todo el árbol»²⁴. Es vínculo que une y fuego que abrasa y purifica:

«El fuego del amor divino: los misioneros en la Iglesia “son las lenguas de fuego [Hch 2,3] bajo cuya figura y por cuyo órgano descende el Espíritu Santo sobre la tierra para encender en ella el fuego del amor divino»²⁵.

Una frase lo sintetiza todo: «El Espíritu Santo es el alma que mueve y anima el cuerpo de Cristo, la Iglesia»²⁶. Pone casi las mismas palabras en boca de la misma Iglesia: «Mi alma, espíritu que me vivifica es el Espíritu Santo que da vida y movimiento a todo el cuerpo»²⁷. Demuestra así su convencimiento de que el Espíritu Santo es el agente íntimo e invisible de la vida del Cuerpo místico²⁸.

3. El Espíritu Santo en el nacimiento y crecimiento de la Iglesia

En el nacimiento de la Iglesia Palau reconoce la inequívoca presencia y el decisivo influjo del Espíritu, enviado por Cristo, según había prometido²⁹. Efectivamente, el Espíritu media entre el Cristo resucitado y el nacimiento mismo de la Iglesia, dándole el impulso necesario para seguir viviendo en la historia como la Comunidad constituida por los seguidores de Jesús:

«Cristo envió desde el cielo, según había prometido, el Espíritu Santo, que procede de Él y de su Padre. El Espíritu Santo bajó en el cenáculo como alma (si así se puede decir) a su Cuerpo, a la Iglesia militante ya organizada y formada, para darle vida, virtud, fuerza, fuego, amor. Cuando bajó el Espíritu Santo ya estaba formada la Iglesia, porque Cristo y Pedro eran una misma Cabeza, visible en la tierra la una e invisible la otra en el cielo pero presente a todo el Cuerpo»³⁰.

El Espíritu está en el origen mismo de la Iglesia, del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María³¹. Sin embargo, es en

²⁴ *Catecismo*, lecc. 5,6.

²⁵ *Escuela*, 1,1,10.

²⁶ «El Espíritu Santo es el alma que la anima, mueve sus miembros y la vivifica» (*Lucha*, 269; cf. MRel 4,12; 10,5; 11,8; 20,6).

²⁷ MRel 20,6.

²⁸ Todas estas funciones de mover, unir, iluminar, no tienen un término que las exprese adecuadamente. Por analogía recurrimos al alma, que también tiene la función de animar el cuerpo. Nuestro autor, aunque habla corrientemente del Espíritu Santo como alma de la Iglesia, conoce perfectamente su significado analógico. El Espíritu Santo no es en el Cuerpo místico lo que el alma en el cuerpo físico. Se trata de una semejanza. Lo dice bien explícitamente, como si no le satisficiera el lenguaje entonces habitual, que empleaba los términos de «alma y cuerpo».

²⁹ MRel 11,8.

³⁰ Es, en otras expresiones tuyas, «como alma» o «casi alma» (MRel 11,8; cf. Hch 2,1-21).

³¹ «Llegada la hora fijada por la eterna Sabiduría en que había de salir de la concepción divina y nacer al mundo la Iglesia santa, creada con anticipación la más perfecta de todas las criaturas, una Virgen toda bella y toda pura, el Espíritu Santo tomó la sangre pura de esta Virgen, formó un cuerpo; el Padre crió un alma y se unió al cuerpo; y el Hijo de Dios, al mismo instante, se unió hipostáticamente a la humanidad [...]. Por esta unión hipostática el Hijo de Dios unió a sí con vínculos indisolubles la naturaleza humana, y ésta en Cristo fue constituida Cabeza de toda la Iglesia» (MRel 11, 4).

Pentecostés cuando, al venir sobre los Apóstoles reunidos en oración con María la Madre del Señor³², los Apóstoles y discípulos cobraron clara conciencia de ser «Iglesia», así como de ser depositarios en la historia hasta el fin de los tiempos de la misión que el mismo Jesús había recibido del Padre. Gracias a «la vida, virtud, fuerza, fuego, amor» del Espíritu Santo, «la Iglesia continuará creciendo hasta que llegue a su perfecta edad, esto es, a su última perfección; y entonces aparecerá ante su Padre en cuerpo moral perfectamente organizada bajo Cristo su cabeza visible en su carne glorificada»³³.

El convencimiento de que el Espíritu Santo está siempre, en todo tiempo y en cualquier eventualidad, en la Iglesia le llevó en los momentos difíciles que le tocó vivir a confiar plenamente en su acción, y encomienda a su cuidado la maltrecha Iglesia de España:

«Y el Espíritu Santo ¿podrá menos de aplicar esta medicina [la oración] a las llagas del cuerpo que en España anima y vivifica? ¿Dejará de aplicarla continuamente por la salvación de toda la Iglesia a todas aquellas almas que son plenamente suyas y una misma cosa con él?»³⁴.

Así pues, fue plenamente consciente de que el Espíritu Santo está asociado en la realización de la obra de la salvación en todas partes y para siempre, no de una manera abstracta, sino llevada a cabo en la cotidianidad de cada Iglesia particular y de cada persona, de forma específica y multiforme.

¿Cuál es la acción del Espíritu Santo en el desarrollo de la Iglesia según F. Palau?

4. El Espíritu Santo, Amor que realiza la comunión en la Iglesia

Francisco Palau, desde la propia experiencia espiritual, del Espíritu Santo como lazo de unión que por gracia y por amor lo une con la Hija de Dios³⁵, comprende la comunión y unidad que el Espíritu opera en la Iglesia. Efectivamente, el Espíritu Santo se hace presente en la Iglesia mediante sus dones; estos son los que junto con las virtudes teologales la espiritualizan, la divinizan, la enlazan, la encadenan, la estrechan y la unen con Dios³⁶.

Afirma en uno de sus credos eclesiales, que expresa como una oración dirigida a la Iglesia: «En ti el amor es el Espíritu Santo, que, derramándose por todos los miembros de tu cuerpo, corresponde con amor al que ama»³⁷. Por lo tanto, también entre el Espíritu

³² Cf. Hch 1,14.

³³ MRel 11,11.

³⁴ *Lucha*, 42, 18.

³⁵ «Yo soy el amor del Padre y del Hijo, y soy el lazo que te tendrá unido por gracia y por amor con la Hija de Dios y con la Esposa del Cordero» (MRel 2,9; cf. Ap 21,9-27).

³⁶ *Escuela*, II,15.36.

³⁷ MRel 22,20.

Santo y la organización social de la Iglesia, con todo lo que esta expresión lleva consigo, existe una unión profunda que asegura de manera objetiva y eficaz para el hombre de cada generación, la salvación realizada por Cristo con su vida entera consumada en la muerte y en la resurrección. De ahí, entre la comunidad de gracia y de la caridad y la sociedad jurídicamente estructurada, no puede haber ruptura.

5. La vivifica, ilumina, transforma y embellece

Es como la fuente de agua viva, porque «a la manera que todas las plantas de un jardín son consumidas por los ardores del sol, si les falta a tiempos oportunos el agua; todo lo que hay de más hermoso y delicioso en las virtudes desaparece en nosotros desde el momento que nos falta la gracia y los dones del Espíritu Santo»³⁸, porque «en el jardín de la Iglesia el Espíritu Santo es la lluvia que la empapa con sus dones haciéndola fructificar»³⁹. Escribe aludiendo a la interpretación que los Santos Padres hacen del río del Apocalipsis:

«Por este río, Ruperto y S. Ambrosio entienden el Espíritu Santo procedente del trono de Dios y del Cordero, esto es, del Padre y del Hijo; Ricardo y Joaquín entienden la gracia y los dones del Espíritu Santo»⁴⁰.

F. Palau, consciente de que el Espíritu hace rejuvenecer la Iglesia con la fuerza de la Palabra de Dios y perpetuamente la conduce a la unión consumada con su Esposo por los caminos de la verdad y la justicia, pide «que el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, venga con sus dones para convertir hacia los caminos de la verdad, de la justicia y de la virtud los hijos de la Iglesia que la impiedad ha extraviado»⁴¹. Efectivamente es el que transforma a la persona intelectual y afectivamente, porque sin el don del Espíritu Santo «el corazón del hombre no consentiría a creer, y el entendimiento no cautivaría sus discursos naturales ni se dejaría vencer ni convencer»⁴².

También la comprensión simbólica de la Iglesia es inspiración del Espíritu Santo⁴³, que nos la representa con diferentes imágenes, y «todas las diferentes figuras tras las que

³⁸ *Páginas periodísticas*, II, 1440.

³⁹ *Mes de María*, Introducción, 4.

⁴⁰ *Iglesia*, lám. 19,2.

⁴¹ *Páginas periodísticas*, II, 1440; cf. 1505, 2; *Catecismo*, lecc. 27 y 28.

⁴² *Catecismo*, lecc. 37,14.

⁴³ «Todos nuestros trabajos van ordenados a formar la verdadera figura de la Iglesia santa. Para el desempeño de nuestra misión sería indispensable que el objeto que nos proponemos figurar nos fuera bien conocido, y que lo tuviéramos a la vista; y no siendo esto posible con aquella perfección que se requiere, como se verá en el curso de esta obra, no podemos hacer otra cosa sino copiar la figura que la pluma nos traza en los libros sagrados, inspirada, y movida por el Espíritu Santo que conoce perfectamente la realidad a que aluden las sombras de nuestro lápiz y pincel» (*Iglesia*, Prospecto, 3).

el Espíritu Santo nos representa la Iglesia tienen un mismo objeto, pero como cada una de ellas la describe bajo una forma especial, cada una de por sí será una obra acabada y completa»⁴⁴. La Iglesia, reunida por la Palabra, anuncia y experimenta la fidelidad al Espíritu, que la introduce en la inteligencia creciente del misterio y la sintoniza con la misión de salvación porque «cada página de la Escritura Sagrada es una lección que nos da sobre ella [la Iglesia] el Espíritu Santo»⁴⁵.

La Iglesia tiene, pues, de una forma constitutiva, es decir, no como algo añadido o accidental sino como una realidad que pertenece a su misma esencia y naturaleza, una dimensión pneumatológica.

6. El Espíritu Santo y la Iglesia celeste

Para Francisco Palau la misión del Espíritu Santo en el mundo futuro se simplifica y se reduce a las funciones propias de la caridad. Es quien impulsa a los bienaventurados a congregarse⁴⁶, a llevar a plenitud la filiación convocándonos como hermanos ante el Padre: «Allí nos veremos unos a otros, todos reunidos por el Espíritu Santo, como familia ante su Padre»⁴⁷. Es precisamente en este contexto de plenitud escatológica donde Palau presenta a la Iglesia como Templo del Espíritu Santo. En el mundo futuro, donde se revelará sin velos ni sombras la identidad de la Iglesia, «el Espíritu Santo, poniendo de manifiesto toda su gloria, nos la presentará como el templo escogido para su mansión»⁴⁸.

Pero ya desde ahora el Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo⁴⁹. En este templo íntimo no sólo ora y da testimonio de la adopción de los hijos⁵⁰, sino que resuena en él el grito anhelante del ser enamorado preguntando en su búsqueda: «¿Dónde está mi Amada?»⁵¹.

7. Conclusión

Francisco Palau destaca reiteradamente en sus obras el papel fundamental del Espíritu Santo en la Iglesia desde su origen. Enviado por el Padre y el Hijo, es quien la vivifica, transforma y guía a la unión con su Padre y Creador y a la plenitud de la verdad⁵².

⁴⁴ *Iglesia*, Hoja suelta, 2.

⁴⁵ *Catecismo*, Introducción, 2.

⁴⁶ «Al impulso del Espíritu Santo, saliendo los ciudadanos de su respectiva Mansión o Palacio, se congregarán en la Plaza, que hará las veces de Templo» (*Iglesia*, lám. 17,3).

⁴⁷ *Ib.*

⁴⁸ *Ib.*

⁴⁹ Cf. 1Co 3, 16; 6, 19.

⁵⁰ Cf. *Lucha*, 198; Ga 4, 6; Rom 8, 15ss y 26.

⁵¹ MRel 10,5.

⁵² «A fin de que marche siempre y llegue a reposar en el seno del Creador, ha de cooperar a la moción del Espíritu Santo que es su guía y conductor» (*Páginas periodísticas*, II, 1505; cf. *Catecismo*, lecc. 39,14).

Quien anima y une a todos los miembros para que formen un solo cuerpo: «El Espíritu Santo es el que vivifica la Iglesia, el que coaduna todos sus miembros para que no formen más que un solo cuerpo»⁵³. La instruye con el conocimiento de la Sagrada Escritura y la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos, como a la Esposa amada del Hijo, pues «las virtudes y dones del Espíritu Santo constituyen el dote de la Iglesia militante y de sus hijos; son su tesoro y riqueza, su hermosura, belleza y ornato»⁵⁴. Es asimismo el que nos ilumina, el que nos convierte en su templo y ora en nosotros enseñándonos a pedir lo que conviene y como conviene; y sólo es eficaz nuestra oración cuando está inspirada por él⁵⁵.

Por último, observamos que Francisco Palau vive y entiende el misterio de la Iglesia no sólo a la luz del misterio de Cristo, sino que también lo hace de forma simultánea e integradora, a la luz del misterio del Espíritu. De aquí se desprende el equilibrio que destaca en su pensamiento entre la visibilidad, la institución, la autoridad, la jerarquía, la ley y la hondura invisible, el misterio de comunión, que cimienta y da soporte a la visibilidad, aspecto que se desarrollará más adelante⁵⁶.

⁵³ *Lucha*, 276; cf. también 198.

⁵⁴ *Páginas periodísticas*, II, 1506.

⁵⁵ *Lucha*, 198.

⁵⁶ Como diría B. Forte, «una lectura históricamente atenta a la reciprocidad y a la complementariedad de la cristología y la pneumatología, pondrá de manifiesto la inclusividad recíproca y dialéctica entre lo visible y lo invisible, entre la institución y el carisma, entre la autoridad y la libertad, entre la comunidad y los ministerios, entre la ley y la gracia, entre la letra y el espíritu, entre el primado y la colegialidad. La misión de los creyentes no es pues sólo la de llevar a cabo un proyecto ya dispuesto (perspectiva cristológica), no sólo la de inventarlo en cada ocasión (perspectiva sólo pneumatológica), sino la de ser creativamente corresponsable en la acogida y en la realización del mismo» (B. FORTE, *Trinidad como historia. Ensayo sobre el Dios cristiano*, Salamanca 1988, 195).